

OLVIDOS

F r a g m e n t o s

2

Justo Navarro

E L
ANGEL CAIDO

Ilustraciones de
Valentín Albardíaz

El 29 de octubre de 1925, día de su trigésimo séptimo aniversario, fue expulsado de la casa familiar. Es verdad que nadie le notificó directamente la decisión del padre, pero una disposición insólita de los objetos más próximos —un guardarropa vacío, dos cepillos de plata con sus iniciales grabadas abandonados sobre un butaquín, un lecho sin sábanas y con aire de oficial recién degradado y despojado de sus bandas e insignias— bastó para convencerlo de que debía partir de inmediato. Así que, ajeno a los ardides de la desobediencia, reclamó guantes, sombrero y sobretodo, y, soportando la ofuscada sensación irreal de quien se prepara para sufrir un examen





en una cámara de rayos X, esperó el anuncio de la presencia del oprobioso auto de alquiler: ni siquiera se le permitiría el uso de uno de los vehículos patrimoniales.

Confinado en el despacho paterno —¿temían que su aparición entre los habitantes inocentes de Villa Maravillas surtie-

ra los efectos que una barrica de agua infectada provocaría en la tripulación de una goleta?—, a la luz pergaminosa y única de una lámpara de rincón, contaba, como un aritmómano, los utensilios ordenados sobre el escritorio de nogal oscuro: cada plumín, cada lámina de papel secante —quedó la huella del dedo índice, una marca de tinta invisible y translúcida, en la absorbente superficie rosa—, cada frasco y cada estuche, fue numerado con escrupulosidad: no una, sino tres veces. Pues, desde muy joven, bien adiestrado, aborrecía todo atolondramiento, y se sucedían sus acciones con una morosidad tan minuciosa que un pariente desaprensivo y envidioso no vaciló en atribuirle a un confuso desarreglo orgánico. Pero, cuando se encarró al marco de cuero español que sostenía y amparaba la foto de la madre —una instantánea de estudio, de colorido apastelado, sabiamente retocada a pincel—, sus cálculos se vieron suspendidos por una perturbación parangonable a la febrilidad del ingeniero que, para la construcción de una presa extraordinaria, calcula de noche la resistencia de los materiales del gran dique. ¿Contaría, como una sola cosa, fotografía y marco? ¿Marco y fotografía habrían de ser considerados aisladamente, primero el marco, y luego la fotografía? ¿El marco era desarmable, pudiendo así contabilizarse pieza por pieza? Entonces, junto a la salvadera y el raspado de oro, descubrió la bandejilla con las barras de lacre: sangre coagulada y almacenada en tubos de ensayo con forma de prisma tetragonal y el aspecto contradictorio de futilidad e importancia de los botes de laca de uñas que nos sorprenden siempre sobre el bufete de una taquimecanógrafa moderna.

Oyó el aldabonazo: los cortinones y los dobles postigos que reglas estrictas conservaban permanentemente cerrados le habían impedido percibir el chisporroteo de la grava aplastada por los neumáticos del taxi. Aguzó los sentidos: muy pronto los botines rutilantes del mayordomo resonarían en las escaleras. Como un príncipe que, apresurado, con un pie en el pescante del coche que lo conducirá al exilio, hiciera un alto para sellar un último y definitivo documento, tomó del músico la edición Aubry del viejo Codex Bamberg. Enseguida, el volumen sobre el facistol, lo fascinaron los signos del siglo XIII. ¿Un fantasma le tarareaba a la oreja uno de aquellos estribillos, tan repugnantes y rancios? Buscó sin dilación el motete que su padre prefería. Prendió un fósforo —la llama se abrió



v. A. III-XII - 75

como un parasol naranja—, derritió lacre: cuatro pesadas gotas como cuatro reventados ojos púrpura se derramaron sobre la página musical. El libro fue cerrado. Una palma extendida de jurador oprimió la pasta de tafelete verde con el fin de favorecer la adherencia indisoluble de hoja con hoja.

Al salir a la galería, una mueca de deslumbramiento lo desfiguró: en la penumbra alegamada del gabinete había olvidado —tal como le hubiese ocurrido durante una matinal de

los Cinematógrafos Manganelli— que aún ni eran las doce. Reinaba en el edificio soleado un sigilo de sedería japonesa: los ocupantes de Villa Maravillas permanecían —como ante la amenaza de una visita inconveniente— escondidos en sus cuartos. El silencio reprobador multiplicaba el estallido de las pisadas. Sospechando que la luna biselada se rajaría de parte a parte bajo el peso de su reflejo, evitó mirarse en el espejo de la consola. Asimismo, para eludir la posibilidad de que su voz, de tono demasiado agudo, quebrara una vidriera, no se despidió del mayordomo: alzó, sin embargo, los guantes amarillos en una maniobra —paralela a otra de las cejas— que tanto hablaba de falsa complicidad como de fatua repulsión.

El frío del exterior lo paralizó frente a la carrocería encendida del Lincoln y el solemne uniforme del chófer: el mediodía destemplado fulguraba en la visera charolada de la gorrilla, chorreaba por la botonadura de níquel, rebotaba en las embetunadas polainas de jinete. Desdeñó los detalles. Se acomodaba ya —mientras cargaban su baúl y lo mareaba una mixtura de olores a cochera, tabaquería y combustible— en la cabina: en el techo entelado del taxímetro una bombilla encristalada latía como una ampolla de colonia marroquí. Y, entonces, el resplandor escuálido, coincidiendo con el arranque del motor, se extinguió al cabo de un proceso de apagamiento que le recordó esas oscilaciones de clima que, por un súbito temblor de nubes ligerísimas, entenebrecen de repente una mañana clara.

Fue en el cruce de la cancela: a través de los retrovisores advirtió que los párpados del chófer —lustrosos como gusanos en trance de tejer las primeras hebras del capullo— carecían de pestañas. No le cabía duda: el individuo encargado de transportarlo, en cuyas manos se hallaba, era el mismo que, seis días antes, había maltratado horrorosamente con una fusta, en la lonja de las pescaderías, a un niño o a un perro: esta circunstancia, muchas horas después de haber sido testigo de las vejaciones, le resultaba poco precisa. Cerró los ojos. Pensó que, como en un cuento chino, al recobrar la visión, estaría de nuevo en su dormitorio, rodeado del afecto de los suyos■

OLVIDOS

OLVIDOS

OLVIDOS

OLVIDOS

Separata del n.º 11 de
OLVIDOS DE GRANADA

GRANADUS

DE GRANADA

Mensual de la cultura en Granada

NOVIEMBRE
1 9 8 5